

Ese talento recibido, ese don inmerecido, requiere nuestra reciprocidad generosa*

P. Jesús Manuel Sariego, S.J.**

Queridos hermanos y hermanas, celebramos un año más, delante de esta sacrosanta tumba de quien fue la voz de este pueblo, la memoria viva de nuestros hermanos asesinados en la UCA al amanecer de un día como hoy. El texto del evangelio de este domingo nos propone el relato de la conocida parábola de los talentos, que todos nosotros hemos leído o meditado muchas veces. En dicha parábola, el Reino se nos compara a un dueño que, antes de partir lejos, entregó sus bienes a tres de sus criados. Siempre nos sorprende, en la lectura de esta parábola, la postura del tercero de los siervos: escondió el talento que había recibido y lo devolvió a su Señor a la hora de su regreso.

Sorprende aún más la crítica que su Señor le hace al final de la parábola, regañándolo de malo y perezoso, y condenándole incluso a perder su único talento. Pareciera a primera vista que esta parábola fuera una loa de los negocios y, casi, de la acumulación. Uno se pregunta con cierta desconfianza al escucharla cómo lograron los buenos siervos acrecentar su riqueza. Sorprende sobre todo la dura condena del dueño a este tercer siervo: en realidad, no robó nada, no malgastó lo que le dieron, no parece haber cometido ningún pecado, simplemente devolvió lo que se le había entregado.

He ahí justamente el mensaje central de la parábola: el Reino de los cielos nos invita a multiplicar los dones que hemos recibido y hacer que ellos produzcan nueva vida y esperanza entre quienes nos rodean. En el Reino de Jesús no es válido conservar, guardar, refugiarse en seguridades estériles o simplemente no apostar bloqueados por el miedo. Lo que se recibe en el Reino no se esconde, sino que se pone en alto, se saca a la luz pública. El Señor del Reino nos advierte que cosechará lo que plantó y recogerá lo que sembró. Por eso, el Reino es la osadía de mirar y apostar por el futuro desde el regalo que cada uno hemos recibido de Dios. Y por eso los dos primeros personajes fueron felicitados como siervos buenos y fieles, como también la mujer hacendosa y trabajadora de la que nos habla hoy el libro de los Proverbios, más valiosa que las perlas.

Muchos talentos nos ha concedido el Señor a lo largo de nuestra vida. Pero hay uno que se nos ha concedido de un modo colectivo y en abundancia a cuantos estamos aquí presentes: se nos ha dado ser de alguna manera testigos

* Texto de la homilía ofrecida en memoria de los mártires de la UCA, el 16 de noviembre de 2008, en la cripta de la Catedral Metropolitana de San Salvador.

** Provincial de la Compañía de Jesús para Centroamérica.

de la vida martirial de muchos hombres y mujeres que bañaron la sangre de su vida con la del Cordero Pascual. Testigos de la vida de monseñor Romero, de los mártires de El Mozote, del Sumpul o de otras masacres colectivas; ser hermanos de sangre o de tierra de tantos hermanos que entregaron su vida desde su fe para hacer posible un país más justo y fraterno. Esta historia dolorosa y pascual es la que nuestros ojos vieron y nuestros oídos oyeron. Nosotros gozamos del privilegio de haber convivido con esta nube de testigos que alienta nuestro creer de cada día. Todos nosotros hemos sido de alguna manera cercanos a este siervo de Yahvé colectivo que se ha convertido en luz abundante para muchas naciones.

Pero ese don inmerecido, tal vez el talento más grande de nuestra vida, requiere de nuestra parte una reciprocidad generosa, tal como nos sugiere el Evangelio de hoy. No es tiempo de enterrar esta memoria histórica como un simple recuerdo del pasado, ni de mirar hacia atrás únicamente con curiosidad inocua. No es tiempo de llorar, sino de bajar de las cruces a los crucificados de hoy, de construir una civilización del trabajo, de la paz, de la inclusión. Es hora de poner a producir el don que recibimos de nuestros hermanos y hermanas para hacerlo producir por este país y por su futuro.

Pero, ¿cuál es ese don? ¿Cuál es ese talento? “Ustedes —decía hoy San Pablo a los Tesalonicenses— ya no viven en tiniebla, son hijos de la luz y del día y por ello han de mantenerse despiertos y activos”. El gran don que recibimos de nuestros hermanos cuyo aniversario recordamos fue precisamente

Nuestros hermanos no vivieron para sí; hicieron de su vida el proyecto de vivir con Jesús y por eso hoy no mueren, sino que viven y triunfan con Él, y en nuestra esperanza.

aquella preclara lucidez, esa brillante inteligencia comprometida que les hizo inmensamente presentes en la historia de este país. Era una sabiduría alimentada no tanto desde la erudición, sino desde la compasión que brota de las entrañas humanas y cristianas de un corazón de jesuita. Desde esa ternura que se hace clarividencia y se inunda de compasión hacia las mayorías, fueron capaces de desentrañar los problemas crónicos de la pobreza de este país hasta poder

avizarar alternativas sostenibles y solidarias para el futuro, como la paz, el desarrollo justo, la organización de la sociedad civil. Una tarea osada y peligrosa de abrir paso a la luz de la verdad, tarea a la que nunca renunciaron y que les condujo hasta la muerte porque los hijos de las tinieblas no pudieron soportarla.

Nuestro talento, la herencia que los mártires de la UCA nos dejan, es justamente seguir portando esa luz, como en la procesión de los farolitos de anoche. No es una simple curiosidad, sino compromiso imaginativo; no es simple crítica amarga, sino propuesta alternativa que nace de la convicción segura de que otro mundo es posible desde la fe y la justicia. Y es posible porque el Reino de Jesús por el que ellos vivieron no solo es posible, deseable y honesto como para edificar el proyecto de nuestras vidas, sino que cuenta con la seguridad de que el mismo Jesús, que lo recorrió, nos acompaña en este camino hasta el final.

He ahí nuestra responsabilidad que hemos de vivir con generosidad y valentía, con creatividad y lucidez, pero sobre todo con esperanza. El Señor de la parábola promete que a quien tiene se le dará hasta la abundancia. ¡Cómo

quisiéramos poseer la pasión del Reino como nuestros hermanos los mártires de la UCA! ¡Cómo deseamos la fortaleza y constancia con las que afrontaron tantas adversidades! ¡Si al menos se nos concediera heredar aquella preclara, lúcida y compasiva inteligencia, desde la que se asomaron a mirar este país! Nosotros esperamos que su memoria agradecida de este día nos permita participar de ese mismo sueño que movió sus vidas. Y entonces el talento de su recuerdo se nos multiplicará hasta la abundancia.

“Si me matan, resucitaré en este pueblo”, “al menos... la palabra queda”, decía monseñor Romero. Ciertamente, monseñor vive entre nosotros; sus palabras pronunciadas en esta catedral hoy resuenan con mucha mayor fuerza en el corazón de hombres y mujeres de buena voluntad del mundo entero. También los escritos, los discursos y las palabras de nuestros hermanos de la UCA adquieren un nuevo significado en este tiempo en que el país vive un momento de profundos cambios. Porque la vida y la muerte de los justos no queda en el olvido.

Probablemente la vida de quienes recordamos hoy hace resonar algo de honesto y generoso en nuestro corazón. Como en el Salmo, un cerro le pasa la noticia a otro, la mañana le dice a la mañana. Son las fibras más profundas de los valores del Reino que inundan el interior de todos nosotros. Quienes somos jesuitas nos sentimos en este día de verdad orgullosos de haber sido compañeros y hermanos de camino de estos seis hombres, de Elba y Celina. Orgullosos porque vivieron el seguimiento de Jesús hasta la radicalidad; orgullosos porque no vivieron para sí, sino para este país y otros de Centroamérica; orgullosos porque Dios los eligió a seguir la suerte de Jesús, orgullosos porque, en medio de su debilidad humana, como la nuestra, apostaron por la esperanza, por la vida y por la justicia. Orgullosos porque en la hora de la prueba definitiva, postrados como Jesús en el huerto, pero erguidos en la firmeza de su fe, afrontaron su muerte puestos los ojos en el resucitado por quien vivían. Una vocación así es digna de ser admirada y, por qué no, también imitada. Un proyecto de vida como este ¡valió la pena y seguirá siendo valioso para quienes deseen recoger su herencia! Fue también la suerte de los mártires jesuitas del Paraguay, cuya memoria recordamos hoy. Nuestros hermanos, como todos los jesuitas, fueron fieles hasta el final al pasaje de los Ejercicios Espirituales de Ignacio, que cada año meditamos: “el que quiera venir conmigo ha de estar contento de trabajar conmigo en el día y en la noche para que después tenga parte conmigo en la victoria”. Nuestros hermanos no vivieron para sí; hicieron de su vida el proyecto de vivir con Jesús y por eso hoy no mueren, sino que viven y triunfan con Él, y en nuestra esperanza.

Hoy, al calor de esta cripta, santuario de la generosidad de un pastor que amó hasta el fin a su pueblo, dichas para él y para nuestros mártires de la UCA como que resuenan aún más fuerte las palabras del Evangelio: “Te felicito, siervo bueno y fiel. Te confío algo de mucho valor. Entra a tomar parte de la alegría de tu Señor”.